

La Educación Pública: Educación para la convivencia social

Ps. Miguel Ángel Castillo
macasti_2000@yahoo.com

La situación de la educación en México tiene sus orígenes en la intrincada red de hilos y conexiones que ésta mantiene con otros importantes rubros del desarrollo nacional. Educación, salud, empleo y cultura son elementos de una misma estructura que, a través de éstos y otros puntos, hacen posible la articulación de las posibilidades del desarrollo social y el bienestar de las comunidades. Esta estructura, está rodeada o reforzada por los estilos de gobierno, las políticas públicas y por los vaivenes que la economía impone a cualquier nación.

El sistema educativo de México fue expuesto nuevamente, después de la mirada que realizó un observador internacional como la OCDE. Para no reiterar los desafortunados resultados que obtuvimos, es importante destacar, desde la visión estructural planteada que, diversos factores sociales y económicos influyen directa e indirectamente en la calidad educativa, sobre todo, en tiempos electorales ya que la escuela es una de las instituciones más propicias para construir la *cultura democrática* que requiere el país, para concretar la transición y consolidación de la democracia. Así lo prefiguró la OCDE cuando se refirió a la importancia de contar con un ambiente familiar estimulante; al tipo de relaciones y de comunicación que se establecen al interior de este núcleo social, para disparar positivamente los resultados académicos de niños y jóvenes. Además, el organismo internacional, enfatizó la necesidad de invertir más en el sector educativo y que sabemos, mediante la UNESCO, debe alcanzar el 8% del PIB.

La *cultura democrática* no sólo es definida desde la escuela pública; junto a ella, el resto de las instituciones sociales son responsables y tienen la obligación de estimularla. Los partidos políticos, por ejemplo, han quedado a la zaga y han dejado para después esta vertiente de la vida democrática. Tenemos la oportunidad de reconocer que la democracia se sustenta, principalmente, en dos elementos básicos: la *cultura democrática* y los *artefactos institucionales*. Curiosamente, ambos están mostrando severas dificultades para conquistar sus objetivos; los representantes de cada uno de ellos, como la escuela y los partidos políticos están en la encrucijada de la ineficiencia y las recurrentes crisis. Entonces, para empezar a dar los primeros pasos para su restauración, como lo plantean Roger Bartra y Jesús Silva Herzog Márquez, (Nexos, junio 2003) ¿qué debe ser primero?, ¿la reconstrucción de los artefactos institucionales (partidos políticos)? o ¿los procedimientos para sembrar la cultura democrática? Ambos son elementos importantes y necesarios, pero además se debe pensar en ellos como aspectos que se complementan uno a otro, si se desea el bienestar colectivo y el saneamiento social y político. Si una *cultura democrática* puede estimular el funcionamiento y operación de los partidos políticos, éstos también deben ser capaces de retroalimentar los sistemas educativos que se encargan de orientar y guiar al colectivo para satisfacer las necesidades sociales y políticas del país. Por sí solos, ninguno de ellos tiene en sus manos la capacidad de la transformación nacional.

La escuela pública está sumida en graves rezagos educativos, sin lograr devolverle a la sociedad el conocimiento, la ética y el civismo que las instituciones requieren. Los partidos políticos, en crisis, se han apartado totalmente de las necesidades sociales y ni en sus plataformas se esboza, si quiera, la intención de crear ambientes sociales más participativos, críticos y propositivos. Desde este escenario, construir *climas favorables* –como lo planteó la OCDE–, desde el plano familiar hasta el social, depende en mucho de la capacidad de los dirigentes de las naciones para fomentar la siembra y cosecha de una verdadera *cultura democrática* y de fortalecer, al mismo tiempo, la vida de los institutos políticos. Los recientes

resultados de la OCDE, en materia educativa, nos conducen a pensar más allá de las cantidades y de los números. Nos replantean la urgencia de recobrar el ejercicio de la educación pública como bastión para la construcción democrática. Sembrar las semillas de una *cultura democrática*, en los jardines de la educación, es favorecer los ambientes sociales que sugiere el organismo internacional, pero para fortuna nuestra, en México también podemos compartir experiencias de este tipo por el trabajo de escuelas mexicanas que han logrado honrosos resultados.

La UNESCO aplicó un estudio a once países de América Latina, denominado *Primer Estudio Internacional Comparativo, sobre lenguaje, matemáticas y factores asociados para alumnos de 3º. y 4º. grado de educación básica*. Lo mejor de todo es que en el estudio, la UNESCO encontró que la escuela rural, *Gral. Pedro Antonio de los Santos*, ubicada en una zona de alta marginalidad en la Huasteca Potosina, obtuvo el primer lugar, entre los 11 países participantes y también a nivel nacional de entre 500 planteles educativos. Lo interesante de este dato, digno de análisis por parte de la SEP y el INEE, es que para ocupar este honroso lugar, fue necesario contar con un *clima favorable* al interior del salón de clases. Lorenzo Gómez Morín, destacó este positivo resultado, como una prueba del éxito del PEC y aunque omitió y no reconoció que, en el caso de la escuela potosina, el primer lugar se asociaba al gran apoyo de expertos cubanos, los funcionarios y especialistas mexicanos deben dar atención a la forma y metodología que se están aplicando para generar estos resultados. Partidos políticos y sindicatos, necesitan enfocarse al concepto de *ambientes favorables*, ejemplificado por la OCDE y que en el caso de la escuela mexicana rural, se define, a sí misma, como un escenario educativo donde prevalece la armonía, la no violencia y la amistad entre compañeros.

Se insiste en esto, porque parece que estamos hablando de un ideal, pero más bien, puede ser una realidad que demuestra que una *cultura democrática* se siembra desde la escuela y que ésta tiene, junto con otros actores sociales y políticos, la obligación de fomentar esquemas y paradigmas educativos que se transformen en paradigmas de convivencia social que fortalezcan otro tipo de actitudes, destrezas y habilidades sociales que, hasta el momento, ni la escuela ni los partidos políticos han podido satisfacer. El INEE juega un papel fundamental en este terreno. Las evaluaciones de la OCDE sí son útiles y son válidas, pero ¿qué le dicen, al instituto, los resultados de esta humilde escuela rural, en comparación a los obtenidos en la OCDE? ¿Qué indicadores son necesarios tomar en consideración para definir parámetros propios en el desarrollo de políticas públicas en la educación de México? ¿Cómo pueden alimentar y diseñar la SEP, el INEE y los sistemas estatales, estos ambientes educativos favorables? Son cuestionamientos que se convierten en retos para las instituciones involucradas que se pronuncian por elevar la calidad educativa del país, pero en lo fundamental, son tareas pendientes para un sistema político y de gobierno que se han distinguido por enrarecer los escenarios políticos y en fomentar más la descalificación que el diálogo y la participación social entre los ciudadanos.